

CAPÍTULO II

LOS ANTECEDENTES DE LA SOCIOLOGÍA EN COLOMBIA 1850-1959

Aunque discontinua y poco conocida, existe una tradición de pensamiento sobre el devenir de la sociología y de reflexión social en nuestro medio. Ella arranca, quizás, con Carlos Arturo Torres (1969) y continúa en la obra y en las reflexiones de Luis López de Mesa (1970), Luis Eduardo Nieto Arteta (1940; 1944; Cataño, 1978), Orlando Fals Borda (Archivos del Departamento de Sociología de la Universidad Nacional, ADSUN, 1967), Luis Duque Gómez (?1976?), Jaime Jaramillo Uribe (1964; 1976; 1977) y Darío Mesa (1970 a, b, c). También aparece en artículos y libros de Gonzalo Cataño (1981; 1986; 1981; 1989; 1977; 1978).

Aunque centrado en la evolución del pensamiento económico, el aporte de Luis Ospina Vásquez (1965) ha sido fundamental en cuanto al enfoque y a la perspectiva metodológica para abordar la pobreza de nuestra tradición cultural y su carácter epigonal. Sobre esta base, y con el estudio de nuevos materiales primarios, se puede reconstruir el curso de la sociología nacional.

Una primera contribución al acervo de las ciencias sociales, que ha mostrado su valor ante todo para la antropología y para la historia, está representada en las crónicas que dibujaron el entorno natural y social de los primeros choques y asentamientos, correspondientes a los períodos de la Conquista y la Colonia. Un examen apropiado de estas fuentes por parte de los sociólogos podría contribuir en el futuro a elaborar una imagen más precisa de nuestra identidad cultural y social.

Otro momento importante en la configuración de las ciencias sociales fue el período que se confundió con el ciclo de vida de José Celestino Mutis en Colombia (1760-1808). La constitución del Virreinato, los gérmenes de vida urbana, la actividad comercial, la permeabilidad

de la pequeña élite de criollos ilustrados a los nuevos elementos racionales que se expresaban en una administración de nuevo corte, el influjo del pensamiento europeo, las reformas en la universidad: todos ellos fueron factores que alentaron una efervescencia intelectual que fue semillero de una cultura nacional.

La Expedición Botánica, con Mutis y Caldas a la cabeza, si bien se refería de modo primario a la naturaleza, también contribuyó a la codificación de costumbres y creencias de la población, y planteó los primeros problemas metodológicos que surgen de la relación entre la población y las peculiaridades del medio geográfico colombiano (Caldas, 1968).

En Pedro Fermín de Vargas (1968), a quien se reconoce como precursor del pensamiento económico, se encuentran observaciones y anticipaciones sociológicas al lado de un programa racional de cambio económico. Él observó la inercia de la tradición. Identificó posibles agentes de cambio social, en especial en un medio rural mayoritario. Examinó las variaciones de la población en función del comercio, la salud y el cruce de razas. Su pensamiento siguió el camino del ensayo, con moderadas conjeturas y fino cuidado en la ponderación de las causas.

El primer estadio de vida independiente se modeló bajo la influencia siempre controvertida del utilitarismo¹. No propiamente, por desgracia, de sus primeras fuentes, es decir de Hobbes, de Hume o de Locke, sino de un extraordinario epígono, Bentham, que proporcionó a la corriente liberal las bases ideológicas para orientar las reformas políticas, legales y sociales indispensables para la construcción de un nuevo Estado.

La influencia del utilitarismo se hizo sentir en los estudios de derecho y contribuyó a modernizar una profesión que había surgido de modo tardío en la Nueva Granada, dada la debilidad política del Nuevo Reino: una profesión que no había salido de la esfera del derecho canónico o romano. El influjo utilitarista creó un clima de ansiedad en quienes se aferraban a la tradición, el mismo clima adverso que

1. Sobre el utilitarismo en general, véase: Elie Halevy, 1972 y el ensayo "Utilitarismo" de Talcott Parsons en E. Sills, 1968.

había suscitado un tiempo atrás el ponderado plan de estudios universitarios de Moreno y Escandón (Jaramillo Uribe: 240-246).

La sociología crecería por mucho tiempo a la sombra del derecho y sólo más tarde sería subsidiaria de la economía. Esta relación marca ciertas vocaciones, ya que el derecho surgió y se desarrolló en los países de América Latina bajo directa dependencia del Estado, que lo era todo en la posibilidad de realización de la élite. Como el derecho, la sociología ha tenido un carácter público y político, y ha sido, en suma, poco independiente de la suerte del Estado y, menos aún, de las oscilaciones de los gobiernos.

En el siglo antepasado, el pensamiento sociológico estaba preso de los grandes dilemas ideológicos: utilitarismo y positivismo contra pensamiento católico. Su espacio institucional era precario en una universidad débil, sometida a los vaivenes políticos, sin la estabilidad suficiente para producir una ocupación intelectual permanente.

Era entonces muy limitada la variedad de profesiones. En los tres primeros cuartos del siglo XIX, no se afianzaron papeles profesionales diferentes al sacerdote, al abogado o al médico. Franz Safford (1978) ha señalado que aun la ingeniería encontraba resistencia a su surgimiento, debida a la ambición de la mayoría de jóvenes por los estudios de derecho. Naturalistas y filólogos que afirmaron su vocación debieron emigrar, como sucedió con Triana, Rufino José Cuervo y Ezequiel Uricoechea.

En un ambiente hostil a la dedicación intelectual surgió como empresa admirable, aunque breve, la obra de la Comisión Corográfica (3 de enero de 1849 a 7 de febrero de 1859). Este movimiento fue otra especie de semillero de cultura nacional, debido al aliento de un extraordinario carácter, Agustín Codazzi. Como sucedió con la Expedición Botánica, la empresa fue escuela donde se formaron Manuel Ancízar, Santiago Pérez y los primeros ingenieros, pintores y botánicos como Miguel Triana. La empresa se sostuvo en medio de las dificultades fiscales y la incompreensión de las autoridades nacionales y locales.

Como en el caso de la Expedición Botánica, el eje de la Comisión Corográfica fue "la descripción de la Nueva Granada en su contorno geográfico y natural" (Soriano, 1968: 8). Pero ésta alcanzó proyecciones enormes en la elaboración del pensamiento social. Manuel Ancízar,

primer secretario de la Comisión, a quien se ha señalado como precursor de la sociología nacional, fue encargado por Codazzi de describir “las costumbres, las razas en que se divide la población, los monumentos antiguos y curiosidades naturales y todas las circunstancias dignas de mencionarse” (Soriano: 16).

Su obra, *Peregrinación de Alpha*, publicada en 1853 (Ancízar, 1942), serviría por mucho tiempo como norma o pauta de la observación sociológica, concebida en un sentido más bien literario. Ancízar realizó una indagación de las provincias del norte sobre la Cordillera Oriental. Examinó la geología y la geografía, el estado del comercio, la vivienda, la vida aldeana, los trajes, la salud, el número de escuelas y de escolares, los métodos de enseñanza, el carácter de las creencias —en particular de las religiosas—, el papel y la actitud de los funcionarios, de los curas párrocos, de los tinterillos, las manifestaciones del delito y la imputación de sus causas, la familia y las leyendas.

Este movimiento científico coincidió con la influencia romántica, que se manifestaría también en el surgimiento de una literatura de costumbres con la aparición del periódico *El Mosaico* en 1858. La relación entre estos dos movimientos es clara (Santiago Pérez, animador de *El Mosaico*, había sido segundo secretario de la Comisión Corográfica). El impulso literario tomaba de la Comisión su apego a la observación de la identidad nacional, derivada de la descripción de costumbres locales y regionales.

Ambos fenómenos coincidieron con la transformación de la vieja estructura colonial, zanjada hasta cierto punto con la revolución del medio siglo. Éste fue el punto de partida para lo que Nieto Arteta denominó “sociología americana” o “autoconciencia de una época de crisis histórica” (Nieto, 1978: 165), que encarnó en la generación conocida bajo el término de “radical”.

Lo propio de aquel esfuerzo consistió en intuir el carácter peculiar de los problemas sociales colombianos y la necesidad de elaborar una teoría adecuada para resolverlos. “Los problemas que ella tuvo que plantearse, indica Arteta, fueron los siguientes: 1. la descripción de la economía colonial; 2. hechos que indicaban la necesidad histórica de que desapareciera; 3. la Independencia, las condiciones históricas de la misma; 4. ubicación social y, por ende, también histórica, de la anar-

quía política que afligía a la Nueva Granada; 5. las clases sociales, los partidos políticos y la revolución anticolonial; 6. la anticipada visión del futuro, y 7. una crítica posterior a la misma obra de la revolución anticolonial” (Nieto, 1978: 133).

Miguel Samper, Salvador Camacho Roldán, José María Samper y Rafael Núñez fueron las figuras más sobresalientes. De la obra de José María Samper *Ensayo sobre las revoluciones políticas y la condición social de las repúblicas hispanoamericanas*, de 1867, dice Arteta que “es la obra clásica de la sociología colombiana y también de la hispanoamericana” (Nieto: 167). Arteta, y luego Jaime Jaramillo Uribe, esbozaron los principales problemas metodológicos de estos pensadores, derivados de las exageraciones naturalistas en su visión del papel de la raza.

Al lado de estos pensadores y sus obras deberían figurar con igual mérito las *Memorias* que Florentino Vezga presentó en 1859 a la Sociedad de Naturalistas, constituida de modo efímero el mismo año de concluida la Comisión Corográfica. Las obras de Vezga (1971) contienen elementos y una estructura de razonamiento que sería propia de la sociología de la ciencia. Examinó la empresa de la Expedición Botánica en su contexto social, su organización, la división del trabajo, la remuneración, las proyecciones no científicas, el problema del descubrimiento científico y las querellas e incertidumbres que originaba en el medio, así como la incidencia del terror en la ciencia, la ruptura ocasionada por las guerras de Independencia y la discontinuidad de la empresa.

A la influencia y obra de los radicales también se debe el surgimiento de un pensamiento pedagógico nacional. Ancizar había señalado en 1853 que “la ciencia de enseñar no ha penetrado todavía en nuestro país” (Ancizar: 119). Con Dámaso Zapata, con Antonio Vargas Vega (1979), con Santiago Perez, con Lorenzo María Lleras y con Martín Lleras se esbozó un movimiento pedagógico nacional que culminaría en la fundación de la Universidad Nacional en 1868 (concebida como “escuela de método”)², en sus publicaciones y en la revista *Escuela Normal*.

2. “¿Qué es la Universidad?” en *Anales de la Universidad*, vol. 1, N°1, Bogotá, septiembre de 1868, pp. 1-7; página 6: “La Universidad Nacional debe ser, i será prín-

Los radicales comenzaron poco a poco a situarse ya más allá de la mera influencia utilitarista. El pensamiento utilitarista, como señala el sociólogo Talcott Parsons, contenía inconsecuencias y deficiencias lógicas que se hicieron evidentes a mitad del siglo pasado. La concentración en la acción instrumental le había hecho perder de vista dimensiones esenciales de la acción social. El atomismo contenía un elemento de azar que atentaba contra la integración lógica del sistema, apenas remediada por la introducción de supuestos arbitrarios (Parsons: 196).

En Colombia, el utilitarismo encontró siempre una reacción católica, en la cual se exhibían argumentos válidos entre muchos otros que resultaban ser apenas ideológicos o políticos. Entre aquellos, la tradición conservadora llamaba la atención sobre el papel vinculante de las creencias y de la moral en la vida social y la trascendencia de los símbolos y lazos solidarios de las colectividades.

Nutridos en esta atmósfera conservadora que recuperaba la herencia del humanismo cristiano fueron Miguel Antonio Caro y Rufino José Cuervo, quienes insistieron, con razón, en la importancia de la tradición cultural, en el carácter determinante de la herencia religiosa y en el lenguaje como medio de unidad nacional (Romero, 1976). Cuervo, en especial, sobrepasó en mucho la atmósfera meramente ideológica, para transformar su influencia en un programa de análisis científico del lenguaje como elemento decisivo para la integración y la comunicación nacionales (Uricoechea y Cuervo, 1976: XIII a LXXVI).

Hacia 1880, señala Carlos Arturo Torres (1969), se había producido una fatiga en la sociedad intelectual por las continuas disputas ideológicas. Los extremos se tocaron³. Las fronteras de los partidos se

principalmente una escuela de método, así en el 'orden lójico, de las enseñanzas, como en el modo de dar cada una de ellas. Para que su organización corresponda por entero a este propósito, fáltale una escuela normal que forme preceptores que sepan echar la base firme i sencilla en que habrá de apoyarse la institución universitaria, i no suceda lo que hoi está sucediendo: que hai que hacer desandar a muchos todo el camino que creian haber recorrido en estudios elementales, porque yendo al fondo de su saber, solo se ha encontrado un cúmulo de nociones teóricas mal pensadas i peor dixeridas, que ningún punto de apoyo efectivo les ofrecen para vencer las dificultades de los estudios superiores”.

3. Dice, refiriéndose a la influencia de Spencer: “Por otra parte, su concepción de la relatividad, su afirmación de lo incognoscible, la amplitud de su criterio político

hicieron fluidas en algunos dirigentes. Los unos aprendieron de los otros y se comenzó a explorar una solución de compromiso. Carlos Arturo Torres ha indicado que en esta atmósfera la influencia de Spencer pasó a reemplazar a la de Bentham y Comte.

Aquél fue el momento de la incorporación de la sociología como tema de estudio académico a las asignaturas propias de la formación del abogado en los planes de estudio de la Universidad Nacional. Hasta entonces aquélla había sido devoción de aficionados.

En el discurso leído en la sesión solemne de la Universidad Nacional el 10 de diciembre de 1882, Salvador Camacho Roldán se refería a “una nueva ciencia, cuyo estudio ha empezado entre nosotros este mismo año; la que se refiere a las leyes que, por medio de las tendencias sociales del hombre, presiden el desarrollo histórico de los seres colectivos llamados *naciones*: de la *sociología*, esa nueva rama de la filosofía”⁴.

A nombre de la nueva ciencia, el precursor múltiple (ya que lo fue también de la economía y de la Sociedad de Agricultores Colombianos) mostraba la compleja influencia de diversos factores ambientales e históricos en la configuración de la nacionalidad. Insistía en la urgencia de consumir la separación de Estado e Iglesia para fundar una cultura secular. Distinguía con bastante claridad el papel de la ciencia en la nueva sociedad. Su afirmación: “quedarse atrás en la carrera de las ciencias es morir” puede tener hoy el acento propio de una profecía.

Pero Salvador Camacho Roldán parecía ser entonces el exponente de un radicalismo que los viejos compañeros repudiaban ya por razones pragmáticas. Rafael Núñez, en particular, respondió al ensayo de Camacho Roldán con igual encomio a la sociología, pero con una perspectiva ya diferente. A tono con la influencia de Spencer, tra-

y su concepto de que la ciencia y la religión no son inconciliables serenaban los espíritus fatigados de la esterilidad de una lucha sin tregua y sin piedad entre dos sistemas igualmente extremos e igualmente dogmáticos”.

4. Camacho (1927 [1882]): “No hay esfuerzo que deba omitirse en ese gran circo que tiene por límites la extensión de la tierra. En la angustiada expectativa de esa lucha suprema, nuestra sola esperanza debe fincarse en las universidades y las escuelas” (71).

zaba un deslinde entre ciencia y religión. A diferencia de lo que pensaba Comte, la primera no podría edificar en sí misma una religión. La sociología no podría sustituir a la religión como fuente de legitimidad del orden social. Ciencia y creencias seguían lógicas e impulsos diferentes, pero podrían servirse recíprocamente (Núñez, 1944).

La generación radical ya no tenía muchos defensores. José María Samper también se había rectificado. Jaime Jaramillo Uribe transcribe un pasaje decisivo de la transformación del pionero radical: “De todo lo que me alucinaba cuarenta años ha, poco, poquísimo, queda intacto en mi corazón. Todo está en escombros o cuarteado, y lo que hace cuarenta años faltaba es lo único que ahora tengo, la única luz con que ilumino tantas ruinas: ¡la fe religiosa!” (Jaramillo Uribe, 1977).

La declinación del utilitarismo y del radicalismo coincidía con el resurgimiento del tomismo, proclamado por León XIII como fuente doctrinaria para afirmar los valores de la Iglesia ante la creciente socialista. En Colombia, el neotomismo tuvo como ejemplar destacado la personalidad de Rafael María Carrasquilla y se proyectó en la educación oficial, tutelada por la Iglesia.

De esta manera, el compromiso entre un pensamiento positivista moderado, como el de Núñez, con la tradición del neotomismo y del humanismo católico, se plasmó en el espíritu de la Constitución nacional de 1886 y en la institución del Concordato (1888).

Qué tanto se haya popularizado la imagen del tipo de sociólogo de entonces, entre político y literato, se puede ver en la novela de José Asunción Silva, *De sobremesa*. Sin duda con la imagen de Núñez en mente (de él escribía en otra parte: “sociólogo capaz de realizar, dándoles forma concreta, las más atrevidas concepciones de su poderosa inteligencia”), el personaje de la obra, forjado en el positivismo, toma el poder “con el fin de modificar un pueblo y elevarlo y verificar en él una vasta experiencia de sociología experimental”. Luego, “desprendido del poder, que quedará en manos seguras... saciado ya de lo humano y contemplando de lejos mi obra, releeré a los filósofos y poetas favoritos, escribiré singulares estrofas envueltas de misticismo y pobladas de visiones apocalípticas” (Mutis y Cobo, 1979; Silva, 1977: 77).

En este ambiente decimonónico son admirables el espíritu ecuaníme de Carlos Arturo Torres, la serenidad de Baldomero Sanín Cano,

la sobriedad de Solano y la penetración y el conocimiento de la vida nacional de Rafael Uribe Uribe. Todos ellos ejercieron un influjo de nueva índole en las siguientes generaciones, por la crítica a los *ídola* que habían consumido la vida intelectual de la juventud colombiana en el siglo antepasado.

Pero la sociología no prosperó en forma institucional, por lo menos no en la Universidad Nacional. Había languidecido la universidad como entidad orgánica y cada facultad funcionaba como todo autónomo. La Facultad Menor de Filosofía y Letras, el bachillerato, que proporcionaba una cierta unidad de método, fue separado del cuerpo universitario y entregado a la iniciativa privada con una coloratura religiosa. Quienes consideraban que la sociología era una materia indispensable en la formación del abogado buscaron en la Universidad Republicana o en el Externado, y no en la Universidad Nacional o en el Rosario, un marco para una sociología inspirada en el espíritu de Spencer. En el Externado, Diego Mendoza regentó por mucho tiempo una cátedra de sociología, con un texto muy decoroso.

En 1917 se anotaba lo siguiente sobre el decaimiento de los estudios sociológicos en la Facultad de Derecho de la Universidad Nacional: “cuando el año pasado se ordenó por ley la creación en la Facultad de Derecho de las cátedras de Hacienda Pública y Estadística, Sociología, Ciencia Administrativa y Procedimiento Criminal, no fue posible inaugurar las tres primeras por falta de profesores especialistas” (Rodríguez, 1977).

Por esta época comenzó a manifestarse un nuevo espíritu pragmático, que ya arraigaba en Antioquia con la dinámica del café y que tuvo como eje institucional la Escuela de Minas y como voceros a Alejandro López (*Problemas colombianos*, de 1927), a Luis López de Mesa (*De cómo se ha formado la nación colombiana*, de 1934), a Rafael Uribe Uribe y a Baldomero Sanín Cano. En la Escuela de Minas, en Medellín, pionera de la renovación curricular, se introdujeron estudios de estadística, economía y sociología, bajo la influencia de Alejandro López.

En una serie de conferencias pronunciadas en el auditorio de la Facultad de Derecho de la Universidad Nacional, en 1927, Alfonso López Pumarejo comprendió, antes que nadie, la magnitud del cambio que se había producido en el país desde 1923 (López Pumarejo, 1927 a y b).

Se había liquidado el país pastoril. Una economía nacional se prefiguraba por la extensión del comercio y sobre todo por el crecimiento de las vías de comunicación: en cuatro años de la administración Ospina se había doblado la extensión de las vías ferroviarias. La nación pasaba del Estado deficitario, con su natural inestabilidad política y su pobreza franciscana, que lo obligaba a hipotecar a capitalistas privados o extranjeros sus rentas, a una economía de prosperidad relativa. Una vida urbana se hacía palpable en nuevos acentos de la cultura (Los Nuevos en poesía, Osorio Lizarazo en la novela).

Sin embargo, apuntaba López, seguía predominando el viejo espíritu pacato y provincial. En el Estado, en las obras públicas, se exigían otros conceptos de organización, de administración, de especialización y de coordinación, que respondieran a la mayor complejidad de las tareas. Era preciso reformar el sistema legal y la concepción del Estado. En este contexto le correspondía a la universidad en general la tarea de orientar el cambio institucional, con una mayor variedad y profundidad del saber.

En esa conferencia, López Pumarejo trazó, en la idea, el programa que comenzaría a realizar siete años después en el poder.

Lo que Karl Mannheim señalaba para la sociología en Alemania ha sido válido para Colombia, a saber: que su impulso dependía de los cambios de la naturaleza del Estado⁵.

Así sucedió con la antropología, que asumía un nuevo compromiso cuando el Estado se responsabilizó del tratamiento indígena, confiado antes a las misiones. Las ciencias hallaron nuevo ambiente con la creación de la Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales.

5. Karl Mannheim (1962): "Tampoco tenemos que encarecer el crédito de la sociología en Alemania, porque es manifiesto en todos los países civilizados. A menudo ignorada, la sociología germinó con el fermento de la filosofía alemana y en la actividad de políticos y economistas durante los principios del desarrollo del industrialismo. No fue la expansión de la especialización académica lo que produjo su precoz ímpetu. La sociología se había desgajado de la filosofía antes de que resultara evidente la decadencia de ésta; y se había desgajado también de las ciencias históricas antes que su primitiva síntesis se perdiese en las minucias de la rutina trabajosa e inútil que el positivismo estimuló durante la segunda mitad del siglo XIX. El impulso decisivo para la sociología proviene de las exigencias de la política" (39).

La educación conoció un impulso inusitado. El período de la República Liberal fue fecundo en transformaciones del sistema educativo, por lo menos en términos de creación de instituciones, aunque no en términos de expansión de gasto o de cobertura de la educación (Restrepo, 1997: 1). La Universidad Nacional se reorganizó. Se fundó la Escuela Normal. La radio y el cinematógrafo progresaron. Se crearon bibliotecas públicas.

La necesidad de realizar un diagnóstico de la educación llevó a Luis López de Mesa, ministro de Educación, a constituir las Comisiones de Cultura Aldeana. Ellas se concebían en el espíritu de la Comisión Corográfica. Su composición, sus tareas interdisciplinarias hasta donde podía permitirlo la escasa diferenciación del trabajo intelectual, dan una imagen precisa de lo que se concebía como oficio o afición del sociólogo. “Del estudio de cada departamento —decía la propuesta— haremos un volumen en que aparezca como en fototipia cordialmente interpretado. En esos libros hallarán los estadistas de uno y otro poder y la sociología en general la sustancia principal de un análisis de nuestra nacionalidad: ahí el dato sobre la tierra, la raza, la economía, la cultura, las necesidades apremiantes, los recursos utilizables... ahí, en fin, el comienzo de una sociología colombiana de sólido fundamento experimental” (República de Colombia, Ministerio de Educación, 1935: 67).

La comisión que llegaría a una aldea o municipio estaría compuesta por: “a) un perito en urbanismo; b) un perito en salubridad; c) un perito en agronomía; d) un perito en pedagogía escolar; e) un relator literario, perito en sociología” (República de Colombia, Ministerio de Educación, 1935: 70).

A riesgo de fatigar al lector con una prolongada cita, vale la pena transcribir las normas de viaje del sociólogo, porque describen por sí mismas lo que entonces se esperaba (y aún se espera) de esta profesión:

El sociólogo irá redactando diariamente sus impresiones sobre el paisaje, la raza, las costumbres, los incidentes de la campaña, etc. Procurará ser primeramente narrativo, mientras logra penetrar en los problemas regionales e interpretarlos en adecuada síntesis, asumiendo

un discreto énfasis en las virtudes y una suave indicación de los defectos, cordial y juguetonamente, para no herir susceptibilidades, pero sin apartarse de la verdad. Remitirá al Ministerio de Educación lo que vaya escribiendo, con el fin de que éste lo publique, ora en la prensa diaria, ora en las revistas oficiales, ora en los informes del despacho, para así mantener alerta en esta campaña la curiosidad y la emoción del público. Evitará el peligroso hábito de dejar para otro día el relato de lo que vaya observando, pues esto ocasiona el que se disipe lo mejor de las emociones y la precisión de los detalles. Tomará de cada perito la síntesis de sus observaciones y les dará donosura literaria en la armónica manipulación del conjunto, buscando la expresión de la unidad funcional de la campaña. Intentará ir dando cuerpo y vida a una investigación antropogeográfica de Colombia y buscará el camino hacia una interpretación sociológica de ella (República de Colombia, Ministerio de Educación, 1935: 70).

Por desgracia, de tan bello ideal sólo quedó el enunciado, más una monografía del departamento de Nariño, escrita por Jorge Zalamea, en la que el autor empleaba los métodos, por entonces novedosos, de la antropología funcional para el estudio de comunidades (Colombia, Comisión de Cultura Aldeana, s.f.). Con todo, la virtud de la Comisión de Cultura Aldeana consistió en plantear, más que en resolver, el problema de la carencia de especialistas en ciencias sociales.

Más fecunda fue la proyección de la reforma de la Estadística Nacional y los diagnósticos departamentales que ella propició. Entre ellos destacó, por su rigor metodológico, la monografía de Antonio García sobre el departamento de Caldas. Así, se admitiría la necesidad de impulsar los estudios económicos con la creación del Instituto de Economía, anexo a la Facultad de Derecho de la Universidad Nacional (1945), que dirigiría el mismo Antonio García. De modo simultáneo se creaba, en el Banco de la República, el Departamento de Investigaciones Económicas (1944).

Con la segunda guerra mundial comenzó a sentirse la influencia norteamericana en las ciencias sociales, en especial en el sector rural. Así lo indica Orlando Fals Borda:

La segunda guerra mundial... tuvo efectos por reflejo en Colombia y en América Latina en general. Quizás el hecho más significativo que sirvió para acelerar el nacimiento de la sociología empírica en estos lugares fue la misión de consultores adjuntos a las embajadas de Estados Unidos dada por el Departamento de Estado a varios sociólogos rurales. El esfuerzo de la guerra exigió que se tomaran en cuenta las economías de los países latinoamericanos y, como había mucha ignorancia respecto a la agricultura y la población rural de estos países, se enviaron a investigar los siguientes sociólogos rurales: Carl C. Taylor, a Argentina; T. Lynn Smith, a Brasil y Colombia; Lowry Nelson, a Cuba... (Fals Borda, 1965).

En los años cincuenta ya se contaba con algunos profesionales de la sociología formados en el extranjero, en particular en Estados Unidos y en Bélgica (Universidad de Lovaina), y con profesionales de ramas afines que trabajaban en actividades sociológicas en instituciones del Estado.

La expansión industrial y el crecimiento urbano de estos años creaban las condiciones para aceptar como necesario el oficio del sociólogo sobre una base más especializada y más diferenciada de la literatura, la religión y la política.

Se realizaron las primeras investigaciones con orientación moderna y especializada en geografía rural, geografía humana y sociología en instituciones como el Centro Interamericano de Vivienda (a partir de 1951), el Instituto Colombiano de Colonización e Inmigración (a partir de 1948), el Departamento de Seguridad Social Campesina (creado por el Decreto 2082 de 1953), el Instituto de Crédito Territorial y el Instituto Colombiano de Seguros Sociales.

Las misiones que vinieron al país en esa década (Currie, Le Bret, CEPAL) insistieron en la necesidad de la planeación y en la importancia de la investigación sociológica. La Misión Le Bret, en particular, miró el problema colombiano con una mayor perspectiva sociológica en comparación con los acentos económicos de las otras dos. Justificó esta diferencia (Le Bret, 1958): hizo mucho por demostrar la necesidad de estudios sociológicos, aplicó por primera vez, en gran escala, la encuesta e identificó la labor del sociólogo como la de un investiga-

dor que realiza un diagnóstico sobre los problemas sociales, los analiza y llama la atención sobre posibles soluciones racionales.

El desarrollo institucional académico de la sociología marchó a la zaga de estos cambios de valoración de la sociología en algunas instituciones del gobierno.

En 1927 se insistía en la reforma de los estudios de la universidad. Comenzaron a aparecer nuevas profesiones como la arquitectura, la odontología, la farmacia, la química y las premisas de la administración, la contaduría y la economía. El movimiento estudiantil solicitaba a la Facultad de Derecho de la Universidad Nacional, en la revista *Federación*, la creación de la cátedra de sociología, con un profesor extranjero asesorado por un profesional colombiano, y la inclusión de materias de historia y economía⁶. Pero había numerosas resistencias a la innovación⁷. La generación que postulaba estas reformas sería luego proclive a cierto ejercicio mental de la sociología: Nieto Arteta, Guillermo Nanetti, Germán Arciniegas y otros.

Todavía en 1933 Arciniegas mostraba la precariedad de la diferenciación profesional en la Universidad Nacional. “Con respecto a las facultades —señalaba— ya hemos dicho que hoy por hoy no se tiene sobre la materia sino una organización rudimentaria. Han funcionado, desde los días de la Colonia, las tres facultades de Derecho, Medicina e Ingeniería. La Facultad de Ciencias Económicas apenas es una creación legal que trata de realizar el ministerio. La Facultad de Educación atraviesa el mismo proceso. La Facultad de Agronomía no fue sino un proyecto fracasado” (República de Colombia, 1933: 106)⁸.

Con ser un gran avance, la unidad territorial de la Universidad Nacional no resolvió el problema de su desarticulación. Por mucho tiempo, la Universidad Nacional no sería más que la expresión geográfica de un agregado de facultades sin coordinación espiritual o metódica, sin filosofía y sin nexos recíprocos.

6. “La reforma universitaria en la Facultad de Derecho”. Revista *Universidad*, N° 49, Bogotá, 10 de octubre de 1927, p. 337.

7. “La Reforma Universitaria”, en Revista *Universidad*, N° 42, Bogotá, 13 de Agosto de 1927; “La jornada universitaria”, en *Universidad*, N° 50, Bogotá, 8 de Octubre de 1927, p. 377.

8. Arciniegas se equivoca sobre la antigüedad de la Facultad de Ingeniería.

De ahí la lentitud del proceso de diferenciación profesional. Sólo en 1945 surgieron, como institutos anexos a la Facultad de Derecho, los de Economía y Filosofía, que sólo alcanzaron rango de facultad en 1952. Gerardo Molina ya había propuesto en 1946 la creación de una Facultad de Ciencias y otra de Filosofía, es decir lo que en términos modernos sería el “sector académico de la universidad” (y en la Universidad Nacional actual las Facultades de Ciencias Humanas y de Ciencias), argumentando que “podríamos afirmar que la eficiencia de una universidad en este siglo está en relación directa con la oportunidad que facilite para seguir estudios despojados de una finalidad utilitaria” (Molina, 1946). Este impulso fue detenido por tensiones ideológicas y políticas que, vistas hoy, cobran cierto rasgo de comicidad, como la sindicación que hacía un periódico de “un estrecho e intransigente grupo de secuaces de Heidegger y de Kierkegard [que] se ha adueñado del Instituto de Filosofía” (Molano, 1979: 192).

El Instituto de Economía, convertido en Facultad de Ciencias Económicas en 1952, no sólo instituyó la economía como profesión sino también sirvió de mejor plataforma que el derecho para el surgimiento de la sociología en 1959. Orientada por Antonio García, la economía en la Universidad Nacional se concentró por definición en el “sector público” o estatal (Universidad Nacional de Colombia, Centro de Investigaciones Económicas, 1965: 192). Su plan de estudios contribuyó al desarrollo de las ciencias sociales, porque incluía materias tales como economía política, sociología general, historia económica general, geografía económica, historia económica nacional y planificación. La enseñanza de Max Weber se había iniciado en el Instituto de Economía con un seminario dirigido por Medina Echavarría, en 1945 (Cataño, 1981: 613).

La aceptación de la economía en el medio académico se puede medir por el número de aspirantes. En 1952, sólo 12 bachilleres querían ingresar. En 1963, la cifra se había elevado a 225 (Universidad Nacional de Colombia, Centro de Investigaciones Económicas, 1965: 35). Sin embargo, la economía debió luchar para vencer el escepticismo de un público que negaba sus bondades. Luego, el reconocimiento de la economía serviría como punto de apoyo al propio reconocimiento de la sociología.

En mayo de 1961, Orlando Fals Borda utilizaba como argumento en defensa de la sociología el éxito de la profesión hermana, con unos argumentos que hoy conservan su validez:

Por fortuna —decía—, ya una de las ciencias sociales ha roto tierra virgen y ha puesto las bases para una planificación integral. Pero no es suficiente y los economistas son los primeros en reconocerlo... Porque... el desarrollo económico no es una proyección matemática, sino una modificación de actitudes, costumbres, creencias y valores sociales; no es un programa para robots, sino una meta para hombres pensantes y actuantes. El desarrollo económico viene a ser, entonces, sólo un aspecto especial de la transformación de las sociedades, concebible dentro de un marco sociológico (ADSUN, *Discursos Fals*).

La negociación del reconocimiento de la sociología a partir de las limitaciones de la economía parece ser históricamente universal: en Estados Unidos la Escuela de Economía Institucional preparó el terreno a la sociología. En el curso intelectual de Talcott Parsons, economista de profesión expuesto a esa influencia, se observa la ascendencia de la nueva ciencia (Parsons, 1979).

Pero también las crisis de la economía servían como ejemplo para considerar la propia crisis de la sociología en su relación con el Estado. El 11 de abril de 1966, Fals Borda mostraba cómo el apoyo a la sociología se había tornado en acusación, cuando ella había pasado a denunciar las dolencias sociales. “Y todavía hoy —decía—, esta ciencia sigue siendo para ellos ciencia peligrosa, algo semejante a lo que un eminente economista sostenía en 1949 sobre las ciencias económicas: ‘Si el Estado se pone al servicio del grupo que detenta dinásticamente la riqueza pública y que no entiende como interés nacional sino su propio interés, es apenas lógico que las ciencias económicas no aparezcan como ciencias del orden, adictas a una falsa tranquilidad y a un concepto meramente policial del orden público’” (ADSUN, *Discursos Fals*).

En cuanto a la otra matriz de la sociología, el derecho, su aporte siguió siendo fundamental. Como se ha sugerido, desde 1927 se formó un importante grupo de abogados con afición a la sociología, como

lo fueron Luis Eduardo Nieto Arteta, Gerardo Molina, Jorge Eliécer Gaitán, Diego Montaña Cuéllar, Rafael Bernal Jiménez, Eduardo Umaña Luna, Otto Morales Benítez y Abel Naranjo Villegas, entre muchos otros. Unos, como Nieto Arteta, serían más sensibles a las nuevas orientaciones teóricas y metodológicas. Arteta, por ejemplo, colaboraría en la orientación de la sociología en la Facultad de Derecho y escribiría muchos artículos en la revista de la Universidad Nacional, en los que por primera vez aparecía expuesta la teoría marxista (Cataño, 1976).

Después del 9 de abril, los textos de Abraham Fernández de Soto sustituirían a los de Diego Montaña Cuéllar, inspirados en la “sociología americana” de la que hablara Nieto Arteta. Las lecciones de sociología de Fernández se nutrían de la nueva preocupación social de la Iglesia, expresada en las encíclicas y en el resurgimiento de la tradición neotomista⁹.

De una mayor proyección para el surgimiento de las ciencias sociales fue la obra que se concentró en la Escuela Normal Superior, fundada en 1935. La inmigración de europeos, aunque no tan importante en Colombia como en México o Argentina, contribuyó a innovar el pensamiento¹⁰. Rivet, Shotelius, Urbano González de la Calle, Ernesto Guhl, al lado de muchos otros, introdujeron y afirmaron el sentido de disciplina intelectual, de método, de vocación científica en la escuela. En ella se formaron figuras tan destacadas en la historia, la antropología, la sociología y la geografía como Jaime Jaramillo Uribe, Darío Mesa, Milciades Chávez, Roberto Pineda y Virginia Gutiérrez de Pineda, entre muchos otros.

9. Abraham Fernández de Soto (1952): “Fijar los temas propios del estudio universitario de la sociología general es, pues, tarea necesaria, que aquí se ha intentado restableciendo desde luego la importancia de los conceptos que la doctrina católica enseña acerca de las bases para lograr el permanente equilibrio del universo, entre las cuales su crítica al materialismo histórico y del capitalismo constituye pilar importantísimo de un mundo que, estando de acuerdo sobre las exageraciones que lo dañan, vive así mismo empeñado en ignorar los caminos de la unidad y la conciliación que Jesucristo le señaló con su verbo y con sus obras” (11).

10. Para una comparación de la influencia alemana, véase Porcell (1979). Para Colombia, una guía, apenas elemental, puede verse en Delio Ramírez Varela (1978).

Fue una institución, por desgracia, efímera (1935-1950), de la cual afortunadamente se conservaron, como instituciones independientes, el Instituto Caro y Cuervo y el Instituto Etnológico Nacional (más tarde conocido como el Instituto de Antropología). Las causas de su agotamiento son múltiples, entre ellas, el retorno a los países de origen de algunos profesores, la separación de docencia e investigación y la rareza del clima ideológico consonante con el clima de violencia que vivía el país (hasta el punto de mencionar la necesidad de separar los sexos como causal del traslado de actividades a Tunja).

De todas maneras, los egresados cumplieron una labor importante de difusión de las ciencias sociales en las instituciones del Estado y en la Universidad Nacional, a donde se trasladaron algunos, como Jaime Jaramillo Uribe (a la Facultad de Filosofía), Ernesto Guhl, Milcíades Chávez, Virginia Gutiérrez de Pineda y, luego, Darío Mesa (a la Facultad de Ciencias Económicas y, con posterioridad, a la Facultad de Sociología).

En 1950 se creó el Instituto Colombiano de Sociología, siguiendo el modelo del Instituto de Antropología. Pero a diferencia de éste, el Instituto Colombiano de Sociología no contaba con profesionales de sociología. Reunió a un grupo de abogados y geógrafos, encabezados por Rafael Bernal Jiménez, quien había cumplido destacada labor como director de la educación en Boyacá, hacia 1927, y en la fundación de la Facultad de Educación de la Universidad Nacional (1933), facultad que sirvió de base para la Escuela Normal. Rafael Bernal Jiménez también había dirigido la revista *Educación*.

Debido a esta limitación, el instituto no desarrolló como tal ninguna investigación ni contribuyó tampoco a la enseñanza directa de la sociología. No obstante, cumplió una importante tarea en la vinculación de la incipiente sociología colombiana a la comunidad sociológica internacional y en la lucha por el reconocimiento público de la profesión.

El instituto surgió con motivo del Congreso Mundial de Sociología celebrado en Zurich (1950), donde se constituyó la Asociación Latinoamericana de Sociología, con eje en Argentina. Allí se realizaría, en 1951, el Primer Congreso Latinoamericano de Sociología. Vinculado a la UNESCO, el instituto participó en los seminarios regionales patrocinados por esa entidad y dirigidos al fomento de las ciencias sociales. En 1950, la UNESCO había decidido promover una encuesta con alcan-

ce universal sobre “la extensión, intensidad y métodos de enseñanza de las ciencias sociales” (Fondo Universitario Nacional e Instituto Colombiano de Sociología, 1957). En 1951, ésta se había realizado en ocho países: Estados Unidos, Francia, Inglaterra, Suecia, Polonia, México, India y Egipto. En 1952 se reunió en París una conferencia de expertos para ampliar el ámbito de la encuesta. A esto siguieron encuentros regionales; el primero en San José de Costa Rica (1954) y el segundo en Río de Janeiro (1956). A este encuentro asistieron delegados del instituto. En él se decidió conformar dos centros regionales para formación de docentes e investigadores de alto nivel en ciencias sociales, situados en Río de Janeiro y en Santiago de Chile.

La labor propia del instituto se concentró en la organización del Primer Seminario para la Enseñanza de las Ciencias Sociales, realizado en 1956, el mismo año de la muerte de Nieto Arteta, miembro del Instituto. El seminario fue patrocinado por la UNESCO y por el recién constituido Fondo Universitario Nacional (1954). Abogados como Abel Naranjo Villegas reconocieron la legitimidad de la nueva profesión. Se señalaron las deficiencias de la enseñanza de las ciencias sociales, el abuso de la cátedra magistral, la ausencia de textos, la carencia de investigación y los vacíos de la formación (Fondo Universitario Nacional e Instituto Colombiano de Sociología, 1957). Se exaltó el papel de la investigación en la planeación y la regulación del cambio social.

El seminario traspiraba cierta tensión entre ciencia y religión, propia de la época. Se pedía que los religiosos miraran a la sociedad con un lente sociológico y que los sociólogos, a su vez, estudiaran la sociedad sin perder de vista la fundamentación religiosa (Fondo Universitario Nacional e Instituto Colombiano de Sociología, 1957). Había una gran ansiedad por el control ideológico del proceso de cambio. Todavía en 1958, el efímero rector de la Universidad Nacional, Cástor Jaramillo Arrubla, proponía crear un Departamento de Sociología y de Doctrina Social Católica, razón de más para que poco durara en una universidad secular por tradición (Jaramillo Arrubla, 1957).

La Iglesia creó en 1958 el Instituto de Investigaciones Sociorreligiosas, luego ICODES, dirigido por el padre y sociólogo Gustavo Pérez. Los jesuitas fundaron en 1959 el Centro de Investigación y Acción Social, más tarde CINEP. Y en el mismo espíritu se fundaron las faculta-

des de sociología de la Universidad Javeriana y de la Universidad Bolivariana de Medellín, en 1959, de modo simultáneo a la creación del Departamento de Sociología de la Universidad Nacional.

Uno de los últimos actos del instituto fue la presentación del informe titulado *Las ciencias sociales en Colombia*, escrito por uno de sus miembros, Rafael Arboleda, S.J., profesor de la Universidad Javeriana, con destino al Centro Latinoamericano de Investigaciones en Ciencias Sociales de Rio de Janeiro (Arboleda, 1959). El informe, poco conocido y difundido, tiene la virtud de ser un testimonio de su tiempo, pero a la vez alcanza la estatura de un documento profético, y por eso vale la pena transcribir en extensión algunos pasajes decisivos:

Se puede decir que Colombia está entrando en la inquietud de lo sociológico, comprendido este término empíricamente... Hay una conciencia del papel que las ciencias sociales deben representar en el presente y la proyección para el futuro de Colombia... La primera necesidad es la de formar una generación completa de científicos sociales para cambiar el empirismo imperante. Una vez realizada esta empresa, el análisis del país mostrará por sí mismo las rutas de orientación para que sobre ellas se construyan los planes de transformación cultural en beneficio de la población y de la cultura colombiana. La agrupación profesional de los científicos sociales en Sociedad de Economistas, Instituto de Sociología e Instituto de Antropología, empieza a beneficiar el concepto profesional y a darle categoría dentro de las actividades nacionales. El reconocimiento de la necesidad y capacidad de las ciencias sociales para resolver primariamente los problemas colombianos compete a los mismos científicos sociales, quienes deben demostrar en esta forma el valor cultural de sus respectivas ciencias. Se ha hablado en Colombia en los últimos años de la era del hombre colombiano; como el conocimiento de este hombre colombiano todavía no es científico sino realizado por políticos y *amateurs* de las ciencias sociales, podemos decir sin errar que la verdadera era que se avecina en Colombia respecto a una seria planificación nacional, es la era de las ciencias sociales, eminentemente humana y capaz de devolverle al hombre colombiano lo que el error de sus mayores y la agudeza de las crisis políticas le habían quitado a su historia (Arboleda: 72).

Arboleda comprendió mejor que nadie un riesgo que se avecinaba: un cambio precipitado en los patrones culturales de referencia, de una influencia europea a una norteamericana, en el transcurso de una escasa densidad propia.

Este intercambio —decía Arboleda— debe procurarse en forma equilibrada invitando a colaborar a profesores de diversas tendencias para evitar la formación unilateral. No estamos de acuerdo con las visitas breves de eminentes profesores que pasan por nuestro país para pronunciar una o dos conferencias, pues esto no deja un fruto real en la formación de los científicos sociales; abogamos por un permanente contacto... en forma planificada y específica, de acuerdo con los problemas colombianos, para evitar que sistemas de investigación, encuestas, tests sociológicos, buenos para otros países, sean aplicados al nuestro sin adaptación de ninguna clase. Colombia puede aportar al intercambio cultural profesores y expertos en el terreno de la economía del café, de los problemas de la vivienda y de la desalfabetización, pues en estos tres campos los resultados han sido satisfactorios y reconocidos internacionalmente (Arboleda: 69).

El Instituto Colombiano de Sociología se disolvió, al parecer, con la fundación de las tres primeras instituciones especializadas en la enseñanza profesional de la sociología, realizada en 1959. Luego, la fundación de la Asociación Colombiana de Sociología, en 1962, dejaría sin objeto al instituto.

Ya en 1961 los profesionales se habían afirmado sobre los aficionados. Se revelaba este ambiguo rostro de la historia que muestra para unos la silueta del triunfo, la derrota para otros. En ese año, Orlando Fals Borda, pionero de la sociología profesional, escribía a Lynn Smith, su maestro, comunicándole que los estudiantes de derecho habían realizado una huelga contra Rafael Bernal Jiménez, su profesor de sociología, para exigir la enseñanza de esta materia por un profesional, lo mismo que Bernal Jiménez había pedido en la huelga de estudiantes de 1927. Había pasado el tiempo de los aficionados (ADSUN, *Fals-Smith*).

